

No al Papa



E N algunos ambientes de izquierda no ha sido bien comprendida mi actitud acerca del Papa Juan Pablo II. Parece como si yo fuera un sutil defensor del Papa Wojtyla, después de la época en que hice una dura y descarnada crítica de Pablo VI.

El hecho de que hayamos pasado de un Papa neurótico a un Papa lleno de vitalidad, con las reacciones propias de un hombre sano de carácter, no quiere decir nada moralmente laudatorio para la actuación concreta de este último en comparación con lo que sería más deseable, ni menos sobre la estructura de fondo que supone el Papado, lo ejerza Juan Pablo II o Pablo VI.

Quiero permanecer en un plano puramente objetivo, buceando en la psicología de cada uno de ellos y en el comportamiento que de ella se deriva espontáneamente.

Por eso, aunque yo prefiera que esté dirigida la Iglesia por un carácter normal sin angustias ni preocupaciones morbosas, que, entre un neurótico y un hombre sin este tipo de reacciones caracterológicas enfermizas, me incline por este último es lo lógico. Y si cualquier persona imparcial reflexiona sobre ello, se decidirá en principio por la normalidad y no por la morbosidad, como hago yo.

He dicho otras veces que la Iglesia católica como institución humana es lo más parecido en el momento presente a una multinacional, con los múltiples y básicos defectos que éstas tienen. Y, como tal, debe ser combatida su estructura humana teratológica que, debían reconocer católicos y no católicos, posee una fuerza social negativa que todavía perdura en ella y que, por otro lado, no hacemos gran cosa que sea inteligente para evitarlo.

En nuestro país tenemos todavía un fuerte clericalismo. Ese es precisamente el mal que todavía cultivamos, sin darnos cuenta, al pretender casi angustiosamente hoy una Iglesia y un Papa que sean de izquierdas. No es lo más importante que la Iglesia sea de izquierdas o de derechas en su estructura directiva, aunque yo personalmente la prefiera de izquierdas. Lo que hace falta es que la Iglesia institución humana desaparezca como esa gran institución que todavía es

y que posee fuertes mecanismos de poder, unas veces manifiestos y otras sutilmente. Y quienes —desde la creencia o la increencia— están esperando un Papa progresista se equivocan —como ayer se equivocaron los que ponían su esperanza en un Papa tradicional de una pieza—, ya que caen en el engaño, de tremendas consecuencias negativas, de desear con ello que la institución mantenga todavía en sus manos un gran poder. Lo malo precisamente es que —por un medio o por otro— fomentemos el dominio en la Iglesia y por la Iglesia.

Lo que yo he pretendido es hacer caer en la cuenta de que éste es el principal problema que debemos atacar con inteligencia, con decisión y con una mirada de largo alcance, sin quedarnos únicamente en una crítica superficial, que esconde unos deseos demasiado ingenuos y peligrosos, porque es un gran peligro que un atractivo árbol eclesidástico tape la vista del bosque enmarañado que se encuentra detrás de él.

Juan Pablo II no ha sabido romper con el tremendo desierto de asfalto paralizador de cambios, progresos e iniciativas, que es la Curia romana. El sucesor de Pablo VI ha defraudado con razón a muchos progresistas católicos y no católicos, con sus gestos y sus discursos. Al Papa Wojtyla le agrada la popularidad, unas veces de corte triunfalista y otras fomentadora de unas relaciones públicas interesadas en mantener el aparato eclesidástico dominador, bajo atractivos engaños técnicos propios de los métodos americanos de comunicación social. El nuevo Pontífice polaco está además estructurado mentalmente o por una teología anticuada, que tiene más de cultura eclesidástica decimonónica proveniente de la concepción clerical del Concilio Vaticano I (que fue movido por un autócrata reaccional como Pío IX), o por una aparente modernidad ambigua representada por el filósofo Max Scheler, y no lo está por una verdadera cultura moderna auténticamente renovadora. Su pietismo es propio de las corrientes populacheras preconizadas hace dos siglos por la espiritualidad de San Alfonso y por los alienadores autores decimonónicos, en vez de arraigarse en un pensador tan inteligente como el cardenal Newman en el siglo anterior o por un

Teilhard de Chardin en nuestro tiempo.

Todo esto es verdad, y hay que decirlo a los cuatro vientos. Pero reconocer al mismo tiempo en Juan Pablo II una mente y una actuación más sanas psicológicamente que las de Pablo VI, es también verdad. Y esta objetividad no debe ocultar la única realidad negativa de fondo, que es la discutible estructura eclesidástica de poder con Pablo VI, con Juan Pablo II o con un Papa progresista que viniera mañana.

Los hechos sencillos de los grandes personajes religiosos han dado pie para abrir brecha incluso intelectualmente en la Iglesia. Y hoy deberíamos hacer igual con el anticlericalismo que estaba arraigado en la profunda fe de los católicos de la Edad Media. San Francisco de Asís se confesaba con el primer sacerdote que veía, aunque su conducta fuese rechazable; o Santa Catalina besaba el pie del Sumo Pontífice, a pesar de que en ese momento se le aparecía condenado a las llamas del infierno por su indigno comportamiento. Estos sencillos ejemplos fueron estructurados intelectualmente más tarde por los valientes pensadores de aquella época: Guillermo Occam del lado franciscano y Juan de París por los dominicos, con sus posturas contra el dominio de los Papas y su posible deposición incluso.

Debemos ser más anticlericales en cuanto a la estructura de la Iglesia, independientemente de lo que pensemos de las personas; tenemos que desmontar el tinglado eclesidástico; hay que dar la espalda a la mítica organización eclesial; es preciso bajar de su pedestal conservador a los eclesidásticos conservadores y de su pedestal progresista a los clérigos progresistas. Porque lo malo es el clericalismo latente en los creyentes y en los increyentes de este país, y la Iglesia institucional es necesario reducirla socialmente a las modestas dimensiones que debe tener para no caer en la tentación del poder, lo ejerza quien lo ejerza.

Yo creo en la fuerza positiva de lo religioso, pero nunca en las religiones en cuanto sean organizaciones de poder y de dominio, aunque estén dirigidas por personas aparentemente abiertas o aparentemente sanas. ■